ESTUDIOS *Salmanticensis* 54 (2007) 5-29

SEGUIMIENTO DE CRISTO Y MORAL CRISTIANA EN SAN BERNARDO

Nunca ha sido fácil hallar un terreno firme en el que puedan hundirse las bases que han de sostener el edificio ético. Nada parece satisfacer la necesidad de establecer un fundamento sólido: ni la invocación de un principio natural universalmente admitido, ni la apelación a la majestad de las leyes, ni la evocación de las mayorías sociológicas, ni la glorificación de la intuición personal.

Tampoco es fácil establecer el fundamento último de la normativa moral en el ámbito de la fe cristiana. A la insatisfacción producida por las posibilidades mencionadas se une el riesgo de un positivismo que, subrayando o bien el papel de la revelación o bien el del magisterio eclesiástico, dificultaría la apelación a la racionalidad y el diálogo interreligioso.

Sin renunciar a la seriedad inapelable del recurso antropológico, el Concilio Vaticano II ha tratado de orientar a los cristianos en el intento de fundamentar la existencia cristiana y la reflexión sobre la misma en la piedra angular que es Jesucristo. Es cierto que esta orientación, pacífica y gozosamente admitida, puede encubrir el riesgo de reducir la moral cristiana a una mera copia de los gestos de Jesús de Nazaret, olvidando la presencia del Cristo resucitado en el corazón de sus discípulos y en la vida de la comunidad.

Este riesgo fue lúcidamente intuido y expresado por el profesor Raimundo Rincón cuando escribía:

> "No se trata simplemente de reconocer y admirar la calidad ética de su conducta y de su mensaje moral; ni tampoco de ser uno de sus fieles oyentes o imitadores [de Jesús]. Se trata, ante todo y sobre todo, de identificar la propia vida con la vida de Cristo, de

Universidad Pontificia de Salamanca